



JOHN F. KENNEDY

Discurso Inaugural

Capitolio de los Estados Unidos, Washington D.C., 20 de enero de 1961

DISCURSO INAUGURAL

Capitolio de los Estados Unidos, Washington D.C., 20 de enero de 1961¹

John F. Kennedy es uno de los presidentes de los Estados Unidos más reconocidos en el mundo. A sus 43 años se convirtió en la persona más joven en ser elgido por votación para el cargo en asumir en los Estados Unidos.²

Todo el discurso está cruzado por tres grandes ideas: el compromiso con la libertad, la tensión de la Guerra Fría y el recambio generacional. Y será precisamente la década de 1960 en donde el mundo presenciara eventos de alto impacto y profundos debates relacionados con estos temas. Desde esta perspectiva el discurso de Kennedy podría ser considerado no solo como la manifestación de su visión política, sino que también una suerte de adelanto de la intensa década que comenzaba al momento de asumir su cargo.

En primer lugar, Kennedy busca resaltar que su llegada a la Casa Blanca era un verdadero recambio generacional, la generación nacida en el siglo XX y marcada por la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Pero este cambio no era una ruptura radical, por el contrario, se trataba de la siguiente generación en asumir la herencia y tradición de los Estados Unidos. En medio de lo que se percibía como el avance del bloque soviético y sus ideas sobre las nuevas naciones independientes, John Kennedy busca asegurar a los ciudadanos en Estados Unidos, así como a sus aliados en todo el mundo, que su administración no escatimaría esfuerzo para defender y promover la libertad, en contraposición al modelo que propugnaba la Unión Soviética y sus partidarios. Era una manera de transmitir que, a pesar de su juventud, tenía claro que Estados Unidos estaba comprometido con esta causa, sin importar el precio y la carga que esto significara.

Acto seguido, dedica parte importante a una serie de asuntos que corresponde a materias internacionales, pero que tienen como punto de partida el contexto de la Guerra Fría. La sombra de este conflicto deja sentir su peso. Si bien en ningún momento menciona expresamente a la Unión Soviética, constantemente se recurre a la idea de adversarios –incluso enemigos– y plantea la relación entre ambas superpotencias como de antagonismo y oposición. Tampoco menciona directamente la amenaza de una guerra nuclear, pero deja en claro a la audiencia que existe el riesgo de aniquilación de la humanidad.

Si bien al comienzo del discurso había realizado expresamente la referencia al cambio generacional que él y su elección como Presidente de los Estados Unidos representaban, Kennedy definió con posterioridad lo que consideraba como el desafío de su generación, que ahora estaba asumiendo la dirección de los asuntos públicos y los destinos de del país –y en efecto del mundo–. ¿En qué consistía este desafío? En enfrentar a los que denominó como los enemigos comunes del ser humano: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma. En este sentido, en este discurso es posible encontrar un concepto que tendrá repercusiones en América Latina: la idea de una alianza para el progreso.

La frase más conocida de esta intervención se encuentra en la parte final, y que sirve tanto de cierre al tema del recambio generacional como al discurso completo: “Entonces, compatriotas, no pregunten qué puede hacer su país por ustedes, pregunten qué pueden hacer ustedes por su país”. Es pertinente hacer notar la fuerza de esta oración, que de alguna manera rompe con la manera en que habitualmente los ciudadanos conciben la relación con el Estado. Adicionalmente, es un llamado, precisamente a su generación y a las más jóvenes –aunque bien podría extenderse a todo ciudadano– para participar en el servicio público; pero entendido como el servicio a la comunidad y no restringido a la política o a la administración pública. El llamado de Kennedy no queda confinado en el tiempo, y más de 50 años después hace igual o mayor sentido en el siglo XXI, con una nuevas generaciones y nuevos desafíos.

¹ Texto original en español publicado por John F. Kennedy Presidential Library and Museum, disponible en <https://www.jfklibrary.org/learn/about-jfk/historic-speeches/inaugural-address>

² Theodore Roosevelt es el presidente más joven de los Estados Unidos con 42 años, pero asumió tras la muerte de William McKinley en 1901. No fue elegido para el cargo con esa edad.

Palabras de John F. Kennedy

Vicepresidente Johnson, Sr. Presidente de la Cámara de Representantes, Sr. Presidente de la Corte Suprema, Presidente Eisenhower, Vicepresidente Nixon, Presidente Truman, reverendo clero, compatriotas:

Hoy somos testigos no de la victoria de un partido, sino de la celebración de la libertad, simbólica tanto de un fin como de un comienzo, que constituye una renovación y también un cambio. Pues ante ustedes y ante Dios Todopoderoso he prestado el mismo solemne juramento concebido por nuestros antepasados desde hace casi 175 años.

El mundo es muy diferente ahora. Porque el ser humano tiene en sus manos el poder para abolir toda forma de pobreza pero también para terminar con toda forma de vida humana. Aun así, se siguen debatiendo en el mundo las mismas convicciones revolucionarias por las que pelearon nuestros antepasados, la creencia de que los derechos humanos no derivan de la generosidad del Estado, sino de la mano de Dios.

No debemos olvidar que somos los herederos de esa primera revolución. Dejemos aquí y ahora que corra la voz, a nuestros amigos y enemigos por igual, de que la antorcha ha pasado a una nueva generación de estadounidenses, nacidos en este siglo, templados por la guerra, instruidos por una paz dura y amarga, orgullosos de su antigua herencia, quienes no están dispuestos a presenciar ni permitir la lenta ruina de esos derechos humanos con los que nuestro pueblo ha estado siempre comprometido, y con los que estamos comprometidos hoy en esta nación y en todo el mundo.

Todas las naciones han de saber, sean o no amigas, que pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga, afrontaremos cualquier dificultad, apoyaremos a cualquier amigo y nos oponemos a cualquier enemigo para garantizar la supervivencia y el triunfo de la libertad.

Esto, y mucho más, es lo que prometemos.

A los viejos aliados con los que compartimos nuestro origen cultural y espiritual, les prometemos la lealtad de los amigos fieles. Es mucho lo que podemos hacer si estamos unidos en emprendimientos de cooperación, pero poco si estamos divididos. Pues no podríamos afrontar un poderoso desafío si estuviéramos distanciados y divididos.

A los nuevos estados que recibimos entre las filas de los libres, les damos nuestra palabra de que ninguna forma de control colonial habrá terminado simplemente para ser sustituida por una tiranía mucho más dura. No esperaremos que estén siempre de acuerdo con nosotros, pero sí esperamos la sólida defensa de su propia libertad. Recordemos que, en el pasado, aquellos insensatos que buscaron el poder cabalgando sobre el lomo de un tigre terminaron en sus fauces.

A los pueblos de chozas y aldeas en la mitad del mundo que luchan por liberarse de las cadenas de la miseria de masas, les prometemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarlos a ayudarse a sí mismos, durante el tiempo que sea necesario. No porque quizás lo hagan los comunistas, no porque queremos sus votos, sino porque es lo correcto. Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, no puede salvar a los pocos que son ricos.



A nuestras repúblicas hermanas al sur de nuestras fronteras les ofrecemos una promesa especial: convertir nuestras palabras en hechos en una nueva alianza para el progreso, con el fin de ayudar a las personas y gobiernos libres a romper las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de la esperanza no puede convertirse en presa de potencias hostiles. Todos nuestros vecinos han de saber que nos uniremos a ellos para luchar contra la agresión o subversión en cualquier lugar de las Américas. Y que cualquier otra potencia sepa que este hemisferio pretende seguir siendo el amo en su propio hogar.

A esa asamblea mundial de estados soberanos, las Naciones Unidas, nuestra última gran esperanza en una era en la que los instrumentos de la guerra han superado a los instrumentos de la paz, le renovamos nuestra promesa de apoyo para evitar que se transforme en un simple foro de injurias, a fin de fortalecer la protección para los nuevos y los débiles, y expandir su área de influencia.

Por último, a esas naciones que se transformarán en nuestros adversarios, no les ofrecemos una promesa, sino una solicitud: que ambos bandos comencemos nuevamente la búsqueda de la paz, antes de que los poderes oscuros de la destrucción desatados por la ciencia envuelvan a toda la humanidad en su propio exterminio, deliberado o accidental.

No osemos tentarlos con la debilidad, porque solo cuando tengamos la seguridad de que nuestras armas son suficientes podremos estar completamente seguros de que nunca serán usadas.

Pero tampoco es posible que dos grandes y poderosos grupos de naciones se consuelen en nuestra realidad actual, ambas partes sobrecargadas con el costo de las armas modernas, ambas justificadamente alarmadas por la constante expansión del átomo mortal, pero ambas compitiendo en una carrera por alterar el inestable equilibrio del terror que detiene la mano de la última guerra de la humanidad.

Así que empecemos nuevamente. Recordemos ambas partes que la civilidad no es una señal de debilidad, y que la sinceridad siempre se somete a prueba. Que nunca negociemos por miedo, pero nunca temamos negociar. Permitámonos analizar qué problemas nos unen, en lugar de detenernos en los problemas que nos dividen.

Que ambas partes, por primera vez, formulemos propuestas serias y precisas para la inspección y el control de las armas,

y para que el poder de destruir a otras naciones esté bajo el control absoluto de todas las naciones.

Tratemos de invocar las maravillas de la ciencia y no sus terrores. Juntos exploremos las estrellas, conquistemos los desiertos, erradiquemos las enfermedades, aprovechemos las profundidades del océano y fomentemos el arte y el comercio.

Unámonos para cumplir en todos los rincones de la tierra el mandamiento de Isaías: "Soltar las coyundas del yugo... dejar ir libres a los oprimidos".

Y si un frente de cooperación puede hacer retroceder el laberinto de la sospecha, unámonos ambas partes para crear un nuevo emprendimiento, no un nuevo equilibrio del poder, sino un nuevo mundo regido por la ley, donde los fuertes sean justos, los débiles estén seguros y se proteja la paz.

Nada de esto estará terminado en los primeros cien días. Tampoco en los primeros mil días, ni durante toda esta Administración, quizás ni siquiera en nuestra vida en este planeta. Pero empecemos.

En sus manos, compatriotas, más que en las mías, residirá el triunfo o el fracaso de nuestra empresa. Desde la fundación de este país, cada generación de estadounidenses ha sido llamada a dar testimonio de su lealtad nacional. Las tumbas de nuestros jóvenes que acudieron al llamado circundan el mundo.

Que los clarines vuelven ahora a llamarnos, no para empuñar las armas, aunque las necesitamos; no para entrar en combate, aunque estamos en lucha; sino para sobrellevar la carga de una larga lucha año tras año, "gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación". Una lucha contra los enemigos comunes del ser humano: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma.

¿Podremos forjar una gran alianza global contra estos enemigos?
¿Una alianza de Norte a Sur y de Este a Oeste que garantice una vida más fructífera para toda la humanidad? ¿Participarían de este histórico esfuerzo?

En la larga historia del mundo, solo unas pocas generaciones han tenido que defender la libertad en su momento de máximo peligro. No me asusta esta responsabilidad, le doy la bienvenida. Creo que ninguno de nosotros querría cambiar de lugar con otras personas u otra generación. La energía, la fe, la devoción que aportamos a este emprendimiento serán una luz para nuestro país y para todos quienes lo sirven. Y el brillo de nuestra llama podrá iluminar realmente el mundo.

Entonces, compatriotas, no pregunten qué puede hacer su país por ustedes, pregunten qué pueden hacer ustedes por su país.

Conciudadanos del mundo, no pregunten qué puede hacer Estados Unidos por ustedes, sino qué podemos hacer juntos por la libertad del ser humano.

Por último, sean ustedes ciudadanos de Estados Unidos o del mundo, exijan de nosotros los mismos altos estándares de fortaleza y sacrificio que exigimos de ustedes. Con una conciencia tranquila como nuestra única recompensa segura, con la historia como juez supremo de nuestros actos, marchemos al frente de la patria que tanto amamos, con la bendición y la ayuda de Dios, pero conscientes de que aquí en la Tierra Su obra deberá ser la nuestra.

